

# Un día perfecto

29-04-2003

Había llovido toda la noche por eso apenas abrí los ojos por la mañana me fuí derecho al gran ventanal de mi habitación en el convento. Desde aquí se divisa buena parte del macizo de Gredos, incluyendo las agujas de los Galayos, un sitio impresionante por donde pasaría. Unas nubes impertinentes se empeñaban en ocultar los picos más altos. Bueno, me dije, si tengo que demorar mis ascensiones por pequeñeces como ésta, de nada me va a servir mi viaje. Además, cabe la posibilidad de que despeje mas tarde. En los preparativos y en la espera desde la noche anterior me siento casi como un guerrero velando sus armas. Sólo que en este caso mi armadura es mi chubasquero, mi espada es mi bastón, mis aperos para pelear los llevo en la mochila, el campo de batalla la montaña, el enemigo yo mismo con mis flaquezas y mis miedos. Velo la noche anterior preocupado por las inclemencias del tiempo, dispuesto a atacar la montaña apenas el tiempo en razonablemente bueno. Cuido los detalles, reviso el equipo, me alimento buscando un punto de equilibrio, comiendo poco para evitar pesadez, enfermedad o sobrepeso sólo lo suficiente para estar fuerte. Lo superfluo sobra, la austeridad me guía, excepto con ella cuyo recuerdo me alimenta a raudales a pesar de su ausencia. Así, estoy permanentemente alerta y preparado para atacar en el momento propicio.

Los rayos del sol comenzaban a acariciar las crestas más altas cuando ya estaba en el lugar de inicio de la ascensión denominado el Nogal del Barranco, un área recreativa del pueblecito de montaña llamado Guisando (Avila).

Con la mochila al hombro y mi bastón inicio rápido más la subida. Llevaba 4 meses preparándome para esto, martes y jueves dos horas de carrera, gimnasio y natación y el fin de semana alguna escapada a la Sierra de Gador y, de vez en cuando, la atravesía Almería a Alhama donde a la dificultad de medio camino desaparecido por la erosión y el tiempo de desuso se añade un piso difícil para hacer camino. Pensaba en esto andando por un camino bien trazado y empedrado primorosamente. Desgraciadamente, otros tramos más adelante me harían recordar el mal caminar que tiene la Sierra de Gador. Poco a poco van desapareciendo los pinares y enebros para dar paso a los arroyos y cascadas de alta montaña con su rumor continuo. Así llego a la fuente del Amanecer, un nombre bonito para un agua rica de beber. Un paisaje de roca desnuda con tonalidades verdosas, típica en estos lugares, acentúa la soledad fría del paraje que apenas da concesión a dudas y sólo vale sacar pecho. Al poco llego a la segunda fuente, la de Macario Blázquez, sus aguas son más frías. A lo lejos impresionantes cascadas de una docena de metros hablan de la verticalidad a la que me tendré que enfrentar. Desde el inicio de la ruta rezo por que la naturaleza

tenga un poco de caridad y despeje de nubes sus cielos. Unos rayos de sol en el collado de arriba y la visión cada vez más nítida de las agujas de los Galayos me llenan de esperanza. Quizá pueda ser un día perfecto, pensé recordando la canción de Lou Reed que escuche desayunando.

El campo de batalla, la verticalidad plomiza de la apertura de los Galayos que veo a lo lejos sin senda definida, mi enemigo, mis dudas sobre mis posibilidades para alcanzar la cima. No puedo evitar sentir temor contra el cual hecho valentía. Estoy decidido a subir.

De pronto tomo conciencia de que estoy realizando dos subidas, la vivida por mí y la que voy hilando para contártela a tí. La primera es fuertemente sentida en el momento, la otra me levanta otros sentimientos cuando la versión verbal de lo que voy viviendo resuena en mi cabeza y pienso cómo tú la vivirás. En ese momento me siento embebido de amor.

Justo cuando se pierde el camino en la apertura de los Galayos me encuentro con otro montañero, Jose. Decidimos continuar juntos la plomiza, vertical y dura ascensión. Al comienzo el avance es torpe y duro, pienso en mi experiencia de montañero en la tortuosa Sierra de Gador y decido usar la misma técnica para atrochar por terrenos sin camino. Levanto la vista y con rápido escrutinio de la orografía inmediata se toman decisiones para dar los próximos 6 pasos. Así casi que parece ir por camino cuando en realidad todo es pura treta e invención. Poco a poco sistematizo sobre este terreno el hayazgo en tramos en zig.zag que alivian la subida. En una hora de fuerte ascensión llegamos al refugio Victory (1.990m). Encontramos allí a tres escaladores dispuestos a subir a alguna de las agujas de los Galayos. Es espectacular ver estas formaciones graníticas esculpidas por la propia dinámica de subidas y bajadas de la corteza terrestre, un poco de erosión y la fuerza de la gravedad. A mi la aguja que más me cautiva es la del Torreón, una especie de columna cuadrada y cónica que se eleva bien definida. Los escaladores dicen que es difícil de subir. También me parece muy bella la Aguja Negra.

Después de un descanso, Jose y yo decidimos proseguir hasta el pico de la Mira. Seguimos con nuestra táctica de ir haciendo camino andando en zig-zag. La treta se rompe cuando él va delante, por puro impulso de su juventud al querer enfrentarse a la vertical de frente. Tenemos una charla sobre el tema. A los 2100m de altitud la nieve aparece y nos vamos turnando para ir abriendo camino. El primero trabaja casi dos veces más que el que va detrás. La ascensión se hace lenta y difícil pero vamos muy animados y eso facilita el trabajo. En ese momento constato que el pico de la Mira está despejado. Le comento que el día me parece perfecto como dice la canción. Le contagio mi felicidad.

Ya en el collado de arriba divisamos una vista de los Galayos maravillosa si miramos al este y justo detrás se ven las tierras verdes del valle del Tietar con sus pueblecitos. Las vistas son de pájaro que vuela alto. Un poco más allá se divisa el

puerto de Candeleda y más lejos casi se adivinan las crestas del circo de Gredos pues las nubes parecen estar abonadas al sitio. El frío aumenta notablemente. Con mi reloj de montañero le voy dando la altitud constantemente a Jose y él a cambio me informa de la temperatura con un magnífico aparato de precisión -por si te interesa estamos a 3°C-. Sacamos las últimas prendas de abrigo: gorro, guantes y el chubasquero alpino. Pertrechados decidimos atacar definitivamente la Mira, la cual con el ánimo que llevamos no tarda en caer. Las sensaciones son indescriptibles pues son sólo eso, sensaciones. A pesar de que queda la vuelta, es el momento más singular del camino, lo que ha motivado todo el esfuerzo y el que queda por hacer. Todo lo que se ve está por debajo de nosotros y es mucho lo que se ve en cada uno de los cuatro puntos cardinales. Después de descansar y saciarnos de mirar, debemos despenirnos pues proseguíamos rutas diferentes: yo sólo quería volver y el quería acercarse para divisar la Laguna Grande. Bajé a una zona donde había unas rocas secas que parecían islas en medio de la nieve y donde se divisaban los Galayos. El sitio era perfecto para alimentar el cuerpo. La mente estaba ya bien repleta de buenas sensaciones y sentimiento. El día discurría perfecto pero faltaba bajar del cielo sin resbalones y llegar sano y salvo al coche. No supe porqué pero me centré tanto en hacer una bajada limpia que paré de hilar más pensamiento hablado sobre mi vivencia. Iba sólo, sabía de las dificultades que me iba a encontrar y, francamente, no estaba para mayores florituras.